

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

IN MEMORIAM
D. JUAN-MIGUEL VILLAR MIR



IN MEMORIAM

D. JUAN-MIGUEL VILLAR MIR

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

IN MEMORIAM
D. JUAN-MIGUEL VILLAR MIR

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS
MARZO DE 2025



El artículo 42 de los Estatutos de esta Real Academia dispone que, en las obras que la misma autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. La Academia lo será únicamente de que las obras resulten merecedoras de la luz pública.

© Real Academia de Ciencias Morales y Políticas
Plaza de la Villa, 2
28005 Madrid

Realización e impresión: Bravo Lofish Diseño Gráfico, S.L.

ISBN: 978-84-7296-416-7

Depósito legal: M-13263-2025



D. JUAN-MIGUEL VILLAR MIR

ÍNDICE

In Memoriam

D. JUAN-MIGUEL VILLAR MIR

D. RODOLFO MARTÍN VILLA <i>Intervención de Rodolfo Martín Villa en la sesión necrológica sobre Juan Miguel Villar Mir</i>	9
D. JULIO IGLESIAS DE USSEL <i>Intervención en homenaje a Juan Miguel Villar Mir</i>	19
D. JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO <i>Juan Miguel Villar Mir</i>	41

D. RODOLFO MARTÍN VILLA

*Intervención de Rodolfo Martín Villa
en la sesión necrológica sobre
Juan Miguel Villar Mir*

En el pasado mes de noviembre el Colegio de Ingenieros de Caminos celebró una sesión necrológica en recuerdo de Juan Miguel a la que se me invitó a participar como integrante del primer Gobierno de la Monarquía, en el que Villar Mir fue ministro de Hacienda y vicepresidente. Alcanzada el pasado otoño la condición de nonagenario, soy a estas alturas el único vivo de aquel Gobierno.

En mi intervención creo que aludí a que en la sesión de hoy, ya anunciada, me referiría a lo que podría titular “tres encuentros con Juan Miguel”. El primero, a finales de 1965, en Berga, la capital del Bergadá barcelonés, tuvo como motivo buscar soluciones a la crisis de la minería del lignito que dañaba a aquella comarca. El segundo, en el Banco de Crédito Industrial, en 1973, estuvo relacionado con la Acción Concertada de la Siderurgia. El tercero tuvo lugar en el citado primer Gobierno de la Monarquía.

Estos encuentros son representativos —al menos así lo percibo yo— de una etapa que, iniciada al final de los años cincuenta del pasado siglo, concluye en una España en la que, cuando muere Franco, todo es ya moderno menos el régimen político.

La renta por habitante alcanzaba el 80% de la renta media de la Comunidad Europea compuesta, entonces, por los siete países más ricos.

Según el Índice de Desarrollo Humano, elaborado por las Naciones Unidas con datos no solo económicos sino los que representaban lo que hoy llamamos Estado de Bienestar, la calificación de España alcanzaba el 97% de la nota media de 14 países europeos entre los que estaban Alemania, Reino Unido, Francia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Y las mujeres suponían el 43% del alumnado de las Facultades universitarias.

El primero de nuestros encuentros tuvo lugar a finales de 1965, en tiempos del primer Plan de Desarrollo. Juan Miguel, entonces director general de Empleo del Ministerio de Trabajo, que había sucedido a alguien también académico de esta Casa, Manuel Alonso Olea, me invitó, en mi condición de delegado de Sindicatos en Barcelona, a que le acompañara a Berga para buscar soluciones laborales a los problemas ya citados de la minería del lignito.

El marco de la negociación no era el más favorable. Al no estar reconocidos los derechos colectivos, como el de huelga y la libertad sindical, una cierta *compensación* consistía en proteger no poco el derecho individual a conservar el puesto de trabajo. Cuestión que dificultaba aplicar medidas necesarias en una crisis como aquella que atravesaba el Bergadá, en donde la central térmica, propiedad de Fuerzas Eléctricas de Cataluña y con más de cincuenta años de existencia, ya no era la solución.

Las conversaciones con la representación de los trabajadores y las autoridades locales fueron duras, mas al final hubo acuerdo, que el director general de Empleo, entre ingeniero y abogado, redactó en sus líneas esenciales. Fuerzas Eléctricas de Cataluña aceptó la construcción de una nueva central térmica.

El segundo de nuestros encuentros estuvo relacionado con las medidas puestas en marcha en el inicio de los Planes de Desarrollo, concebidos para modernizar nuestra industria. Las Acciones Concertadas consistían en convenios entre empresas de distintos sectores industriales y la Administración, que aplicaba beneficios de carácter arancelario, fiscal y financiero a cambio de que se cumplieran determinados objetivos fijados en los convenios.

Estas políticas se aplicaron a empresas del sector textil, de la piel y alimentario con grandes posibilidades exportadoras, y a la siderurgia y la industria papelera, cuya modernización requería cuantiosas inversiones.

La histórica Altos Hornos de Vizcaya, que presidía entonces Juan Miguel, recurrió al Banco de Crédito Industrial, que presidí en una corta etapa, a finales de 1973 y principios de 1974.

Aquellos dos encuentros, el de 1965 y 1973, entre otros, nos dieron oportunidad de *arreglar* España. En los años 60, satisfechos con los avances en el proceso de modernización. En 1973,

preocupados sobre un futuro político en el que el paso a las libertades no parecía, ni mucho menos, resuelto.

El tercer encuentro tuvo lugar en el inicio del reinado de Juan Carlos I. Lo que la prensa relataba tras la muerte de Franco reflejaba las dudas que el joven Rey pudiera tener en torno a la presidencia del Gobierno. Mas en su discurso de aceptación de la Jefatura del Estado ante las Cortes ya hizo hincapié en el objetivo de lograr un consenso de concordia nacional —la palabra consenso a partir de entonces fue un referente esencial en la vida política—. Y en la ceremonia religiosa en San Jerónimo el Real la homilía del cardenal Tarancón, que solicitó paz y progreso para el Reino, envió también un mensaje auténticamente reconciliador.

Las dudas se relacionaban con una solución que atendiera primordialmente las dificultades de carácter económico causadas por la crisis del petróleo.

Se habló de la *solución Letona*, exministro de Industria e ingeniero también de Caminos, y la de Pedro Gamero del Castillo, entonces vicepresidente de uno de los grandes bancos y un *azul* de la primera hora, ministro en los años cuarenta y de corta vida en el Gobierno al mostrarse partidario, ya entonces, de la restauración de la Monarquía. Quizá para no añadir tensiones, prevaleció que continuara algún tiempo Arias Navarro.

La composición del Gobierno ya había dejado de responder, desde 1957, a un *reparto* para tener representadas a las distintas familias del régimen —militares, democristianos, *azules* y tradicionalistas—, y también a abogados del Estado y técnicos de las distintas Ingenierías.

El primer Gabinete de la Monarquía lo constituyeron, lo constituimos, veinte hombres, todos con responsabilidades, mayores o menores, en el franquismo. La diferencia entre nosotros se derivaba de la edad: una mitad había hecho la guerra y la presencia de la otra mitad parecía responder a la iniciativa del Rey. A aquel Gobierno se le denominó Arias-Fraga. Yo creo que era Rey-Arias.

Cuando el Consejo de Ministros se constituyó a comienzos de diciembre de 1975, los Presupuestos del Estado de 1976 ya estaban elaborados. En un acto de responsabilidad decidimos culminar su tramitación a propuesta del ministro de Hacienda Villar Mir, quien en su discurso de presentación de esos Presupuestos en las Cortes expresó, no obstante, críticas a la anterior falta de respuesta gubernamental a la situación creada por la crisis del petróleo. Fue tajante respecto a que no podía continuar el “vivir por encima de nuestras posibilidades”.

En las difíciles circunstancias de entonces pronto se pusieron de manifiesto las diferencias entre el Rey y el presidente. De otro lado, la

reforma de aspectos concretos de algunas Leyes Fundamentales no era el camino. Ni las libertades políticas podían venir de cambios en el Fuero de los Españoles ni la cuestión sindical se resolvía con modificaciones del Fuero del Trabajo. Aunque algunas de las opciones contempladas pudieran coincidir con demandas de la oposición, por entonces todavía no unida en la *Plata-Junta*, que se constituyó en octubre de 1976.

El ministro de Hacienda, entonces también de Economía, al poco de comenzar la gestión del Gobierno tomó la iniciativa de devaluar en un 10% la peseta. Mas a las reformas en el ámbito económico les pasaba como a las de carácter político: eran las propias instituciones, aún no democráticas, las que veían cuestionada su autoridad para efectuar cambios que se necesitaban. Algunas de esas iniciativas se hicieron realidad, ya en la democracia, como consecuencia de los Pactos de la Moncloa.

Transcurridos siete meses desde el nombramiento de aquel primer Gabinete de la Monarquía, con absoluto respeto a lo que la legalidad de entonces obligaba, y a la vez con no poca sorpresa, Adolfo Suárez fue designado presidente del Gobierno. Comenzó ahí el camino “de la Ley a la Ley a través de la Ley”, como lo denominó Torcuato Fernández-Miranda, que nos llevó a la Constitución.

Voy terminando, señor presidente.

En los últimos meses se nos han ido seis compañeros —además de Juan Miguel, Carmelo Lisón, Alejandro Nieto, Fernando Suárez, Salustiano del Campo y Dalmacio Negro—. Ahora que hemos tenido el acierto de crear en esta Casa diversos Observatorios bien nos vendría que esos compañeros pudieran conformar otro Observatorio, en este caso celestial, para recuperar la voluntad de entendimiento en la política española.

En 1998, en el 60 aniversario de la batalla del Ebro, excombatientes de ambos bandos se unieron para inaugurar a orillas de ese río un monolito con esta inscripción: “A los que perdieron la guerra, que fueron todos”. Y recuerdo una imagen en la que se pudo ver juntos en julio de 1986, al cumplirse cincuenta años del inicio de la guerra, a José María Aguirre Gonzalo —como Juan Miguel, ingeniero de Caminos y también catedrático de su Escuela— y al líder comunista y militar republicano Enrique Lister. Uno de los encuentros que simbolizó la España reconciliada en la Transición.

¿Sería imaginable algo así hoy? La voluntad de consenso, planteada por primera vez por el Rey Juan Carlos, posibilitó la Transición.

Resulta difícil comprender que, ahora, se actúe en la política como *nietos* de la Guerra Civil que todos perdimos y no como *hijos* de la Transición que todos ganamos.

D. JULIO IGLESIAS DE USSEL

*Intervención en homenaje a
Juan-Miguel Villar Mir*

Sr. Presidente
Sras. y Sres. Académicos
Querida Familia de Juan-Miguel Villar Mir
Sras. y Sres.

Son muchas las razones que evidencian las dificultades de intervenir en este acto de justificado Homenaje a Juan-Miguel Villar Mir. Todas las vidas son complejas porque contienen gran variedad de acontecimientos, vivencias y actuaciones. Pero se aceptará que la enorme densidad de la vida de Juan-Miguel, hace la tarea mucho más complicada para todos.

Además es difícil intervenir porque, como nos advirtió Cervantes en *Don Quijote*, que los sentimientos “apenas creo que puedan pensarse, —sostenía— cuanto más escribirse” (pág. 445). Sí, resulta harto complicado escribir sobre los sentimientos, cuando son tan profundos y cálidos como los que suscita la personalidad, la obra y los excepcionales méritos de Juan-Miguel Villar Mir. La hondura de nuestro cariño, ha sido testimoniada con espontaneidad cotidianamente, sin necesidad de esperar solemnidad como la que hoy nos congrega. Pero si el afecto que le profeso obstaculiza la tarea, aún más se agrava al tener que sintetizar su muy rico currículum que,

por obvias razones solo podré resaltar algún aspecto.

Pocas biografías destacadas, como fue en grado sumo la suya, contienen tantas perspectivas a considerar. Porque la de Juan-Miguel abarca un catálogo de ámbitos en los que proyectó su vida verdaderamente agotador. No es exagerado decir que fue tan intensa su vida como si hubiera habido en realidad varias personas realizando sus múltiples iniciativas y actividades; y lo que no es menos notable: en todos destacó por sus éxitos. En una sola vida fue muchas cosas y todas ellas con singular brillantez; sus estudios cristalizaron en una personalidad polifacética. Excepcional estudiante; profesional al servicio de la Administración pública, por ejemplo un muy joven Subdirector General de Puertos; alto ejecutivo contratado por varias empresas privadas; profesor Universitario, empresario como fundador y como directivo de sus propias empresas de dentro y de fuera de España, Mecenaz, amante de las artes y Académico de cuatro Academias: de esta de Ciencias Morales y Políticas, de la de Ingeniería, de la de Doctores y la de Ciencias Económicas de Barcelona. En esta Academia ingresó en 2013 con su análisis sobre la evolución socioeconómica de España con un discurso sobre “Del proteccionismo a la Globalización”; que fue seguida por casi una decena de intervenciones y ponencias, varias dedicadas a las Nuevas Tecnologías, e interven-

ciones en homenaje a Juan Velarde y a José Barea. Asistió con regularidad a mas de 146 sesiones, al margen de sus numerosas intervenciones en los debates en cada sesión. En conjunto, esos ingresos en cuatro Academias confirman la versatilidad de su formación y conocimientos, y el prestigio adquirido en tantos sectores. Y siempre una actuación basada en dos sólidos cimientos: su vocación como Ingeniero —tanto como profesor como práctico—, y patriota —su amor a España siempre en su corazón y su mente—.

Pero nada fue improvisado. Hay algo que no puede decirse de Juan-Miguel: que tuviera una juventud tranquila, si recordamos su intensa actividad desde su juventud. Tuvo un inicio con su brillantísima formación, anunciada ya con el Premio Extraordinario en el Bachillerato. Realizó de manera simultánea dos carreras —algo completamente inusual entonces—, y menos todavía en las dos titulaciones como las que él curso: Ingreso al primer intento con 18 años en la de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos —donde fue Premio Nacional Fin de Carrera, con el mejor expediente de la Escuela durante muchos años—, y esos estudios los simultaneó con la Licenciatura en Derecho en la Complutense. Y como si no fuera suficiente, era, a la vez, profesor de Matemáticas en las academias preparatorias para ingresar en Caminos, con la mayoría de sus alumnos de más edad que él. Una moto, que la

recordaba con nostalgia, fue el imprescindible instrumento para su constante movilidad.

Tras esa brillante fase de formación, amplió estudios con el Master en la Escuela de Organización Industrial en Madrid; y posteriormente realizó en Estados Unidos el Master de Evaluación de Proyectos con el Banco Mundial en Washington.

Con ese bagaje formativo, desarrolla Juan-Miguel una densa y excepcional biografía intelectual, organizativa, empresarial y humana. Y lo es porque asumió aquel mandato de Don Quijote: “Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro” (pág. 163). Sí, ha hecho mucho y muy bueno en todas las áreas donde se ha involucrado. Nos ha dejado el testimonio de unas alforjas llenas de logros y aciertos, pero también cargadas con el ejemplo y testimonio de una vida personal hecha de trabajo, pasión, entrega y sacrificio; de esfuerzos continuados y abnegación optimista. Desde su juventud tuvo un afán de hacer las cosas bien, pero pensando siempre que todo se puede hacer mejor,

Su sólida formación, y el rigor y entrega la proyectó también en la docencia, en las dos cátedras que desempeñó. Primero, en una oposición a la que se presentaron ocho personas, obtuvo la de “Contabilidad y Legislación” en la hoy denominada Escuela Universitaria de Obras Públicas, hoy de Ingenieros Civiles. También desde 1968 enseña, pero en la Escuela de Ingenieros de

Caminos, la asignatura de nueva implantación sobre “Derecho Administrativo y Laboral”. Más tarde, entre doce aspirantes —alguno ya catedrático de Universidad—, obtuvo la de “Organización de Empresas” en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos. Cumplió ejemplarmente su dedicación sin permitirse faltar ningún día, y fue reconocido siempre como un excelente profesor con quien se aprendía y mucho. De aquellas aulas y lecciones surgieron muchos de sus colaboradores en múltiples empresas.

Con tal excepcional bagaje formativo desempeñó la Subdirección General de Puertos y, reclamado por el Ministerio de Trabajo, la Dirección General de Empleo donde en 1966, entre otras tareas, abordó el apoyo a los 5.000 trabajadores españoles afectados por el cierre de la frontera de Gibraltar. En 1967 abandonó la Administración Pública y comenzó su andadura empresarial al servicio de grupos empresariales privados, adquiriendo tal prestigio que, con 38 años, tres importantes Bancos de la época: Bilbao, Vizcaya y Urquijo, le designan Presidente de Altos Hornos de Vizcaya a la que convirtió en importantísimo grupo industrial de España.

Su trayectoria pública y empresarial es sobradamente conocida. El prestigio de sus gestiones empresariales, le llevaría a ser Vicepresidente del Gobierno y Ministro de Hacienda en el primer Gobierno de la Monarquía. Un Gobierno, desig-

nado en diciembre de 1975, presidido como se sabe por Arias Navarro, que —en su declaración programática de 15 de diciembre—, alimentó la esperanza en una reforma política. No en vano el nuevo Gobierno se manifestaba partidario de una «reforma de las instituciones representativas para ensanchar la base», así como de «la ampliación de las libertades y derechos ciudadanos, en especial el derecho de asociación» y del reconocimiento institucional «de todas [las] regiones y en general de las autonomías locales», a fin de que el ordenamiento jurídico-político español «tienda a una mayor homogeneidad con la comunidad occidental» (Citado en Charles Powell, “España en democracia, 1975-2000” ed Plaza y Janés 2002, pág. 147).

En ese escenario político —prometedor respecto al pasado pero insuficiente respecto al futuro que alumbraba—, ejerció sus responsabilidades Villar Mir como Ministro de Hacienda y Vicepresidente Económico. Y fue un Ministro realista al informar a la ciudadanía de la situación de grave crisis económica que atravesaba España, para que no pudiera vincularse con el hecho de la llegada de la Monarquía. Landelino Lavilla en sus *Memorias* ha calificado la postura de Villar Mir de: “planteamiento realista, crudo, valiente y hasta audaz” (pág. 130). E igualmente dio un decisivo impulso a la reforma fiscal, al hacer público el *Libro Blanco sobre la Reforma*.

En todo caso su experiencia política fue breve y quedó ya inmunizado desde entonces. Él mismo nos dejó en una intervención en esta Academia, un capítulo de sus *Memorias* en su ponencia de junio de 2023, titulada “El Primer Gobierno de la Monarquía” y que junto a su análisis de la política de aquel Gobierno entre enero y julio de 1976, contiene no pocos datos autobiográficos; a ello me remito pues está publicado en el nº 100 de los *Anales* de esta Academia.

En todo caso, hay que decir que nunca perteneció a ningún partido, más que con todo fervor a su Real Madrid; y por cierto sabía mucho de fútbol —de técnicas, de estrategia, de gestión y de idoneidad de jugadores— y era una enciclopedia de la historia y avatares de su club. Compartí con él una final victoriosa de la Copa de Europa, y nunca lo ví con más alegría y entusiasmo.

Con su pronta salida del Ministerio, decidió iniciar su propio proyecto empresarial en el que llegaría a contar con 35.000 empleados en todo el mundo. Lo construyó con un avance pausado, reflexivo y analítico propio de un explorador y así fue abriéndose camino en el complejo mundo de la industria y de los negocios, con el auxilio siempre de su brillante inteligencia y sin precedentes familiares que le marcaran sendas a recorrer. Si Schumpeter definió al empresario como aquella persona que encuentra gozo en la aventura, hay que añadir que no le faltaron moti-

vos para ello a Juan-Miguel. Mas de treinta empresas pasaron por sus manos con infinidad de iniciativas, negociaciones y análisis para afrontar su trayectoria.

Pero no solo centró sus atenciones en la actividad empresarial estrictamente. Siempre consideró la responsabilidad social del empresario como tarea esencial pero complementaria a la propia marcha de la empresa. Eso le llevó, con el apoyo de toda su familia, a crear una Fundación que lleva su nombre y a cuyo Patronato he tenido y tengo el honor de formar parte.

No tengo mas remedio que aludir a cómo conocí a Juan-Miguel, lo que considero uno de los grandes privilegios que me ha dado la vida. Un conocimiento al que me honró además con su impagable amistad. El azar hizo que Villar Mir fuera elegido por sufragio Presidente del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos en enero del año 2000, Poco después coincidimos en reuniones de trabajo, —con Ingenieros de todas las especialidades y los llamados entonces Peritos—, para estudiar las medidas a incluir sobre la Ingeniería en la reforma universitaria de lo que sería la Ley Orgánica de Universidades de 2001; yo presidí aquellas reuniones porque tenía responsabilidades entonces en el Ministerio de Educación. Pues bien, en aquel grupo me llamaron la atención los análisis e intervenciones, que consideré muy certeros, de uno de los

asistentes, Villar Mir. Por eso quise mantener a continuación reuniones en privado, para avanzar en la armonización de posturas, como terminó por suceder. En estos contactos se afianzó mi admiración por su lucidez y otros valores personales apreciables en la corta distancia.

Con ese bagaje, en el 2004 me llamó para trabajar en la creación y gestión de la Fundación de su nombre. Una experiencia para mí excepcionalmente valiosa porque me ha permitido trabajar muy cerca de una personalidad excepcional —en lo profesional y en lo humano— que además me ha honrado profundamente con el privilegio de su amistad. No puedo ni debo explayarme en describir la profunda gratitud, admiración y afecto que le profeso; me limitaré a describirlo con aquel verso del premio Nóbel T.S. Eliot, un clásico en la literatura anglosajona, cuando nos dejó dicho que: “Solo el hombre que siente profundamente necesita ocultar sus sentimientos”.

Señalo estos aspectos biográficos porque está muy instalada en la mentalidad de la sociedad española que la objetividad en los juicios requiere desconocimiento y ausencia de trato con los protagonistas. Un axioma jurídico procesal que impone la objetividad y la imparcialidad en las valoraciones y exige falta de relación y conocimiento, no digamos amistad, del juez con cualquiera de las partes del caso que juzga, que se ha casi universalizado en los usos hispanos. Sin

embargo fuera de la administración de justicia, es justo lo contrario lo que se requiere para poder formular una opinión con fundamento. Lo que es adecuado en el mundo jurídico no debe dotarse de valor universal. El conocimiento de las personas es un elemento clave para emitir opiniones sobre su comportamientos, actuaciones y maneras de ser.

Me parece que se trata de una expansión errónea de una apreciación aplicable solo a la administración de justicia. El peso del derecho - y su violación tan sistemática diríamos hoy- es tan poderoso en España que exporta sus requisitos fuera de la esfera que le es propia. Pero en la esfera privada, el conocimiento y la cercanía de cualquier persona es lo que permite apreciaciones fundadas sobre su personalidad y prácticas. La realidad solo se percibe en la proximidad.

Como todos los personajes públicos, son más notorios por sus hechos que por su propia personalidad, y siempre el personaje opaca a la persona. Y en el caso de Villar-Mir su notoriedad y éxitos profesionales y empresariales, ha ensombrecido las excepcionales virtudes personales y su enorme calidad humana que es donde se asienta toda su exitosa trayectoria.

De su personalidad hay que subrayar que ante todo Juan-Miguel ha sido una persona con valores y nunca los ocultó. Pero nunca los empleó como instrumento, no fue ni exhibicionista ni

tampoco timorato. Vivió sus creencias religiosas con naturalidad —vvididas sin pudor pero sin ostentación— y así las hacía explícitas cuando la ocasión lo demandaba. Fue católico practicante pero sin alharacas, pero también sin timideces. Buen ejemplo se tiene en la inauguración de la Torre que construyó en el Paseo de la Castellana. Por una parte organizó la bendición del edificio, por el propio Cardenal Rouco, cuya evocación consta en una placa en la entrada del edificio. Y como se sabe, instaló una capilla católica en la planta 33, y además una luz verde alumbraba permanentemente su exterior para advertir que a esa altura se encontraba el Sagrario, y llamar así la atención a quien la ve desde la carretera de Burgos, lo que ha generado por cierto emotivas cartas de personas internadas en el Hospital de la Paz, mostrando el agradecimiento porque la presencia de ese Sagrario les ayudaba espiritualmente a afrontar sus enfermedades. Pero es menos conocido que al situar esa capilla en la planta 33, escribió a las restantes empresas existentes en la Torre para anunciárselo para ofrecerles espacios para instalar locales similares para otras creencias si así lo consideraban.

Se estuviera con el profesor, con el empresario, con el académico, se estaba siempre ante una persona encantadora. Con conocimiento de causa puedo decir que Juan-Miguel Villar Mir era una persona afable, buen conversador, de prodi-

giosa memoria, simpático de trato, alegre, ordenado, reflexivo, de gran cultura sobre todo en el arte y la música, tanto de Opera como de Zarzuela, elegante, atento, escuchando siempre con suma atención a su interlocutor, accesible siempre a sus colaboradores, a quienes daba total confianza y les atribuía los aciertos incluso los generados por él mismo. Y algo completamente inusual, pese a su densa agenda cotidiana nunca parecía tener prisa; tenía la elegante peculiaridad de nunca mostrar urgencia o falta de tiempo en el trato con su interlocutor; jamás le vi consultar el reloj ni directa ni solapadamente en ninguna reunión. Nunca parecía que tuviera prisa; porque todo lo hacía relajado y concentrado plenamente en la atención que prestaba a su interlocutor. Escuchaba con interés y en todas las reuniones tomaba notas y lo hacía con muy buena letra, ordenadamente, escribiendo sin improvisación, parsimoniosamente, con cierta lentitud, en folios generalmente cuadriculados. Devolvía siempre con múltiples notas, rectificaciones, preguntas, sugerencias de ampliación o de concreción, escritas siempre con toda claridad en todos los documentos que se les pasaba, corrigiendo hasta las comas. Y con agradecimientos a lo remitido, aunque viniera cargado de salvedades. Nunca tardaba en devolver los documentos con comentarios; y desde luego los fines de semana sacaba tiempo para ello pues el lunes estaba

garantizado la devolución comentada de los documentos. Nunca lo vi irritado, incluso en reuniones cargadas donde algún interlocutor hizo obvios méritos para que así reaccionara. Hasta en esa ocasión mostró enorme temple y astucia casi torera para dar un giro al tema y llevar el debate con toda habilidad a sortear la tensión ocasionada. Su habilidad era tan consistente como su inteligencia.

No fue de las personas que asocien la seriedad con la tristeza o incluso con la amargura. Todo lo contrario. Ha sido Juan-Miguel una persona que ha mantenido siempre la serenidad, la simpatía, el buen humor y la alegría por muy turbulentos que fueran de fondo los acontecimientos. Se esforzó en crear y activar a su alrededor un clima de serena felicidad, un valor que siempre promovió. Repetía en sus innumerables conferencias y en reuniones con las personas que trabajaban en las empresas, que una persona insatisfecha, infeliz, nunca podría desempeñar correctamente sus responsabilidades. Por eso hizo siempre, en su conducta con todos sus colaboradores, lo imposible para que les resultara una vivencia agradable. Sabía y repetía que una persona feliz trabaja con mejor ánimo y a la postre con mejor calidad y más productivo que cualquier otro. Nada mejor que la felicidad para la armonía, e incluso la productividad en una empresa, que la felicidad de sus integrantes.

Pero esa aspiración a la felicidad requería el cumplimiento del lema que fue la guía de su vida; no fue otro que: trabajo, trabajo. trabajo. Fue la guía de su conducta toda su vida. Era la esencia y el único camino para que las cosas salieran bien. Por eso mismo, era completamente hostil a la intuición. Escuchar tal procedencia le producía urticaria; era beligerante contra ella. Su convicción y experiencia se situaba en las antípodas: no había más camino adecuado que el estudio riguroso y el análisis sereno, las improvisaciones y a las intuiciones las consideraba sin fundamento y dañinas para los objetivos que quisieran conseguirse.

Una trayectoria tan exitosa y brillante como la de Juan-Miguel Villar Mir contiene muchos ejes que la dotan de coherencia y sustento. Y me parece que es imprescindible subrayar esos cimientos de su polifacética y brillante actividad, porque son los que han marcado la impronta de toda esta vida activa y de entrega. Alguna vez se ha dicho que el hombre es el ser que manifiesta su libertad, eligiendo sus esclavitudes. Son muchas las dimensiones que pudieran resaltarse pero hay una que dota de nobleza y autenticidad su ejemplar trayectoria como cimiento de su biografía. No es otra que su excepcional **espíritu de trabajo**. El denodado espíritu de trabajo ha sido, en efecto, la esclavitud en la que ha proyectado su libertad nuestro Académico. Sin ese fundamento vital,

nadie hubiera podido conseguir tantas metas, ni surcado tantas trayectorias exitosas. Trabajador infatigable, todo lo ha conseguido con el patrón de su dedicación rigurosa y la entrega sin límite.

Su profunda vocación de trabajo y entrega, norte y guía de su existencia, le ha permitido hacer lo que para cualquiera de nosotros hubiera requerido varias vidas.

Fue un empresario pero consciente de la importancia esencial de la investigación. Por eso le otorgó un papel esencial en sus empresas a la innovación y a la investigación. Creó departamentos de I+D+i investigación, que le permitieron innovar en sistemas y procesos, e incluso le hicieron obtener trofeos, premios o medallas internacionales en competiciones internacionales de inventiva técnica en Suiza. Por esa sensibilidad, creó también una cátedra en la Universidad Politécnica de Madrid que lleva su nombre. Y la fomentó institucionalmente; no en vano a propuesta de Sánchez Asiaín asumió encantado la Presidencia de Cotec y promovió la edición de numerosas obras de investigación. También creó unas Becas para egresados en las Escuelas de Ingenieros de Caminos para realizar un Master de dos años en las mejores Escuelas de Post Grado de Estados Unidos de la que tantos estudiantes se han beneficiado.

Era tenaz al abordar las cuestiones. Cuando examinaba un problema, lo realizaba desde una profunda serenidad. Examinaba todas sus pers-

pectivas desde el núcleo del propio problema, con absoluta concentración y perspicacia, para buscar la solución más positiva. Presencí un largo debate examinando unos planos de obras, hechos con indudable calidad y acierto. Pero una de las soluciones previstas, la consideraba insuficiente. Se entabló un largo y duro debate, pero desde luego cordial, entre el prestigioso arquitecto autor del proyecto y el Ingeniero Juan-Miguel; fue una profundo análisis de los planos de una obra entre dos gigantes, con otras dos personas de testigos. La discusión comportaba varias reformas importantes al conjunto de las obras. Una pena no haberlo grabado. Pero al final prevaleció la alternativa propuesta por Villar Mir, que resolvía mejor el problema con una solución de más calidad y funcionalidad que la prevista en el proyecto inicial, menos ambiciosa. Ni se canso ni se agobió por la larga prolongación de la reunión; lo único importante era mejorar la calidad del resultado y resolver satisfactoriamente las necesidades del edificio, y así lo logró con su constancia, tenacidad y agilidad mental en las intervenciones.

No debo de omitir una referencia a uno de sus valores sustantivos, siempre manifiestos. Me refiero a su hondo patriotismo. Juan-Miguel quiso ser siempre un español ejemplar, profundo conocedor de nuestra historia, amante de nuestras mejores tradiciones. Su patriotismo sin embargo no

alberga un sentimiento de reproducción del pasado; ya nos advirtió Ortega y Gasset la necesidad de no confundir el amar a las tradiciones como parte del pasado, con el pretender reintroducir ese admirable pasado de nuevo en nuestro presente. Su patriotismo ha sido siempre innovador, dinámico, creativo al servicio del futuro —cada futuro. Y un ingrediente esencial de su patriotismo estaba en su firme adhesión a la Monarquía a la que siempre consideró como institución óptima para España. Y ese patriotismo lo ha vivido y proyectado también con plena naturalidad. Baste mencionar que decidió instalar, en la planta 52 de la Torre que construyó en el Paseo de la Castellana, una enorme bandera de España para que fuera bien visible pese a su altura.

El listado de reconocimientos, medallas y premios por su enorme número es imposible dar cuenta ahora, al igual que su pertenencia a Fundaciones, Asociaciones, Patronatos y entidades de todo tipo. Pero sí debo mencionar el título de Marques de Villar Mir, concedido por su Majestad el Rey don Juan Carlos. También el Premio Nacional de Ingeniería Civil 2012 otorgado por el Ministerio de Fomento; la resolución dice: “en reconocimiento a su densa y fructífera trayectoria profesional marcada por la constancia, la dedicación al trabajo, la eficiencia y su carácter emprendedor”. Recibió las mas altas condecoraciones de Francia como Caballero de la Legión

de Honor, también de Italia como “Commendatore dell Ordine della Stella d’Italia” Y en España, entre otras, las Grandes Cruces del Mérito Civil, del Mérito Militar, de la Orden de Carlos III, de la Orden del 2 de Mayo y la de Isabel la Católica, junto a innumerables reconocimientos de entidades y asociaciones. Hizo suyo el lema de Huir de los elogios pero tratar de merecerlos; y eso fue lo que le sucedió: que se le reconocieron sus méritos en múltiples ocasiones y entidades.

Esta admirable vida y obra, —como ocurre con todos los objetivos ambiciosos y nobles—, nunca hubiera sido posible recorrerla en soledad. Ni las sendas ni el camino hubiera sido posible realizarlo. Nos lo advirtió aquel inolvidable soñador que fue Don Quijote cuando proclamaba: “No puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores” (pág.114).

Pues bien, así ha ocurrido felizmente en la vida de nuestro Académico: nada hubiera emprendido sin la permanente presencia de Sylvia, compañera decisiva de su biografía. El seny, la inteligencia, la habilidad y la dulzura de Sylvia, son la materia de la que están hechos sus sueños y todos sus aciertos; empezando por la felicidad cotidiana compartida en su vida familiar. Algunas veces se dice

que detrás de un gran hombre tiene que haber una gran mujer. No ha sido este el caso; aquí no hay prioridades ni delante o detrás, sino una apasionante tarea común siempre compartida. Codo con codo, multiplicando sus energías e ilusiones, los dos, conjuntamente, han construido todos sus éxitos personales, familiares y organizativos, que hoy admiramos y agradecemos.

Los avatares, iniciativas y logros en la trayectoria y personalidad de Juan-Miguel Villar Mir pudo afrontarlos gracias a su compañera ejemplar, Sylvia de Fuertes de Bescós. Con ella formó una familia ejemplar, con tres hijos —Juan, Silvia y Álvaro— que le han dado además la alegría de los nietos hasta sus últimos alientos de vida. La familia ha sido una dimensión nuclear en la vida de Juan-Miguel; él mismo repitió que se ha guiado en la vida por unas pautas fundamentales que son: Dios, familia y trabajo. Por eso la presencia siempre activa y el calor del cariño de su familia, ha sido el cimiento de la plenitud de su existencia y apoyo permanente de la arquitectura de su vida.

Una vida que aquí se entregó con la inteligencia y el espíritu cordial que le caracterizó, y que hoy —instalado ya en el silencio eterno— en la Academia le honramos con emoción, pero también con el júbilo de que haya existido y con el agradecimiento inmenso y entrañable de haber compartido tantas páginas de su esplendorosa vida. Así que, Juan-Miguel: infinitas gracias para siempre.

D. JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO

Juan-Miguel Villar Mir

Presidente
Sra. y Sres. académicos
Familia Villar Mir
Sras. y Sres.

A medida que el tiempo nos va alcanzando con el paso de los años, la memoria tiende a rastrear episodios cada vez más alejados del presente. Comenzaré, por eso, refiriéndome a uno ya lejano pero que no he olvidado. Puede tener algo de representativo desde la perspectiva generacional.

Cuando en el otoño de 1979 apareció el primer número de *Papeles de Economía Española* —todo un acontecimiento en el marco de las publicaciones periódicas especializadas de entonces, tanto por las firmas que reunía en sus páginas como por un formato y diseño llamativos—, publiqué en el diario *EL PAÍS* una amplia reseña dando noticia de la novedad. Descuidadamente, entre las justificadas líneas de elogio, deslizaba una mención poco apreciativa de algo que ya era agua pasada: la gestión ministerial de Juan-Miguel Villar Mir. Era, sin duda, una manera de realzar los esfuerzos de la recién estrenada democracia constitucional por superar una situa-

ción económica muy comprometida, en detrimento de lo hecho y lo intentado por el primer Gobierno de una Monarquía que había sido, como lo sería hasta diciembre de 1978, “la Monarquía del 18 de julio” (Tajadura Tejada).

Descuidadamente, he dicho: un trazo de brocha gorda, sin atención a los detalles, sin referencias al contexto; un juicio de valor sin respaldo en previa disección analítica; siempre el camino más corto para poner en valor lo que se hace es quitar merecimiento a lo anterior. Así lo considero ahora, y me parece —ya lo he apuntado— que ese proceder fue pauta frecuente entre quienes, todavía jóvenes, tendíamos a ver todo en blanco o en negro, sin reparar en tonos intermedios, en toda la extensa gama de grises que siempre presenta la realidad. No fuimos pocos, en efecto, los que, apostando primero por la “ruptura” frente a la “reforma” tras el 20 de noviembre de 1975, eludimos después, con la Monarquía parlamentaria nacida de la Constitución afirmándose día a día, entrar en el análisis pormenorizado de lo que había acontecido en los pocos pero intensos meses del Gobierno en el que Villar Mir fue, además de vicepresidente, titular de la cartera de Hacienda.

Es cierto que solo desde que Adolfo Suárez asumió la presidencia del Gobierno, mediado el año 1976, se darán con audacia y determinación los pasos que conducen a la Constitución de

1978, y que solo la legitimación democrática que otorgan las elecciones del 15 de junio de 1977 permitirá a los gobiernos posteriores afrontar las costosas reformas imprescindibles para corregir agudos desequilibrios económicos y el rumbo de una economía desnortada. Pero también es verdad que, en el terreno de la política económica, particularmente, no nos hemos detenido en lo ensayado por aquel Gobierno presidido todavía por Arias Navarro entre noviembre de 1975 y el comienzo de julio de 1976. Desde luego, el ministro de Hacienda, Villar Mir, no estuvo con los brazos cruzados en aquellos siete meses, ni en cuanto a iniciativas legislativas ni en lo referido a proyectar en el exterior un propósito democratizador, como tuvo ocasión de hacerlo, y con cierta notoriedad, en el viaje a Estados Unidos a mediados de junio de 1976, pocos días antes de cesar en el cargo. El propio Juan-Miguel nos lo recordó en la que sería una de sus últimas intervenciones en esta Real Academia, en 2022, dejándonos un texto que merece releerse.

* * *

Ha sido precisamente en esta Corporación, durante casi doce años, donde he podido frecuentar al hombre al que hoy tributamos este sentido y merecido homenaje. Y donde he acopiado pruebas de un ser y un estar distinguidos,

decantación de una alargada trayectoria profesional y de un depurado estilo personal. Se incorporó a nuestra comunidad académica ya con 81 años cumplidos, pero esa avanzada edad no le impidió, en plenitud de facultades hasta el final, mostrarse aquí en posesión de todos sus recursos como persona. De una u otra forma, con unas u otras palabras, es lo que les han transmitido quienes me han precedido en el uso de la palabra.

Para evitar al máximo repeticiones, no entraré en el detalle de un *curriculum vitae* casi abrumador por la suma de realizaciones y reconocimientos que contiene. Voy a limitarme a sugerir muy brevemente dos reflexiones que me suscita el examen del intenso recorrido vital de Juan-Miguel Villar Mir.

La primera atiende a su condición de ingeniero. Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, tal vez la rama más exigente en los estudios de ingeniería, también la mejor acreditada. Debe ponderarse bien el papel de la ingeniería en la modernización económica de España. No solo en el proceso secular de industrialización; también en las etapas más recientes, cuando la economía española ha alcanzado un nivel muy elevado de internacionalización empresarial. La participación de los ingenieros ha sido decisiva en todo momento, tanto para lograr el acompasamiento tecnológico y de infraestructuras que exigió el avance fabril en las sucesivas etapas de la Revo-

lución industrial desde la mitad del siglo XIX, al compás de la creación de las primeras Escuelas Especiales, como para llevar a cabo el no poco asombroso despliegue internacional de empresas españolas en los tres decenios más cercanos a nosotros.

Se ha escrito sobre una supuesta “dirección ingenieril” de la economía española, obediente únicamente a las posibilidades que brinda la técnica disponible en cada momento y ajena a las exigencias que dicta la racionalidad económica. Es un planteamiento que no resiste análisis empírico: al frente de la mayor parte de las empresas españolas que han sobresalido en cada época han estado ingenieros, asumiendo casi siempre las mayores responsabilidades de gestión. Si se duda, repásese la titulación académica de los presidentes ejecutivos o de los consejeros delegados de las cien mayores empresas españolas hoy internacionalizadas, y se obtendrá un resultado apabullante a este respecto. El caso de Villar Mir es representativo.

Algo que concuerda, por supuesto, con la alta calidad de los estudios de ingeniería en España, que obtienen una posición aventajada en cualquier comparación internacional. En su día, Villar Mir obtuvo buena formación en la prestigiosa Escuela de Ingeniería de Caminos, entonces dependiente del Ministerio de Obras Públicas, y luego como catedrático de Organización

de Empresas en la Universidad Politécnica de Madrid contribuyó a mantener ese bien ganado predicamento, por el que vela también el Colegio Nacional de Ingenieros de Caminos, Puertos y Canales, del que fuera presidente durante el cuatrienio 2000-2004.

La segunda reflexión que les propongo no deja tampoco de ser obvia. Pudo Villar Mir, con las magníficas credenciales obtenidas en sus estudios de Ingeniería y Derecho, conseguir con facilidad altas y cómodas posiciones en la Administración del Estado, y no sólo en cuerpos técnicos del funcionariado. Pero, después de su desempeño durante unos años como servidor público, optó por esa *profesión de riesgo* que en España es ser empresario. Lo era, desde luego, cuando Villar Mir se atrevió a dar ese paso y lo sigue siendo ahora. Un problema recurrente, y con alcance más allá de los linderos de la economía.

Sin empresarios socialmente legitimados es difícil hablar de economía de mercado propiamente dicha, y también de sociedad abierta. La cuestión es bien sabida. Tiene hondas raíces en hechos pretéritos y ciertos pertinaces adoctrinamientos que se siguen traduciendo hoy en descalificaciones genéricas del empresariado, creando un clima de desconfianza o reticencia hacia la actividad empresarial. Villar Mir, en el puesto de mando de grandes compañías y como líder de un gran grupo empresarial lo sufrió, y no pocas

veces, sin dejar por ello de apostar resueltamente por hacer empresa y fomentar cultura de empresa.

Por la relevancia de este tema, me permitiré añadir algo que ya he dicho en otra ocasión, jugando con el título —“La pedagogía social como programa político”— que Ortega y Gasset empleó en una celebrada conferencia leída en la Sociedad “El Sitio” de Bilbao en marzo de 1910; la conferencia que cerró con aquella proclama tan citada: “España es [era] el problema y Europa la solución”. Pues bien, creo que el título que hoy cabría proponer atendiendo a los requerimientos de la economía española es “la cultura de empresa como programa político”. O, por decirlo aún más rotundamente: ¿cuál es la mejor política económica que conviene en esta hora de España? Respuesta: la mejor política económica es favorecer la cultura de empresa. Juan-Miguel Villar Mir coincidiría conmigo.

* * *

Termino ya. Y quiero hacerlo subrayando lo ya señalado anteriormente: como todos sus compañeros en esta Real Academia, durante algo más de una década he tenido la oportunidad, semana a semana, de comprobar la insuperable cortesía, la elegancia en modos y maneras de Juan-Miguel Villar Mir. Un Juan-Miguel Villar Mir, por cierto, que ya cercano a los noventa años

de edad nos ofreció en sucesivas ponencias anuales un completo panorama de los avances y los retos de la era digital. Tomemos nota; es todo un ejemplo.



REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS MORALES
Y POLÍTICAS



MINISTERIO
DE CIENCIA, INNOVACIÓN
Y UNIVERSIDADES



FUNDACIÓN
RAMÓN ARECES